

Balance de las elecciones generales de España

Autor: Felipe Galli

Especial para Diagnóstico Político

Los resultados según cada fuerza

Las elecciones generales que han tenido lugar en España (eclipsadas a nivel internacional, al menos dentro del mundo hispano, por los sucesos en Bolivia) han dejado numerosas sorpresas de cara a la formación del próximo gobierno. Las mismas tuvieron lugar después de que el Congreso elegido en los comicios de abril fracasara en investir un gobierno.

Es la segunda vez que se da este escenario en menos de cuatro años: ya a finales de 2015 la división del voto entre cuatro fuerzas políticas (el Partido Socialista Obrero Español o PSOE, el Partido Popular o PP, Ciudadanos o C's, y Unidas Podemos o UP) condujeron a un estancamiento parlamentario y llevaron a una repetición a principios de 2016, que ganó el PP por la mínima. En abril surgió un quinto en discordia, Vox, partido considerado de extrema derecha, que dio la sorpresa con un 10% de los votos.

Tras la repetición de las elecciones, ninguno de los cinco partidos quedó sin dar algún tipo de nota que comentar. No deja de ser un resultado notable a pesar del hecho de que en realidad no es tan sorprendente como parece, pues todas las encuestas preelectorales lo habían anticipado.

Analizaremos pues, una a una, a las principales fuerzas políticas en pugna, su resultado de abril y su resultado actual.

PSOE

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) es liderado por Pedro Sánchez, actual presidente en ejercicio y candidato a la reelección, desde 2015. En ese momento, el PSOE, que es el partido más antiguo del país, parecía a punto de desaparecer luego de que el surgimiento de dos fuerzas, Ciudadanos y Podemos, atomizaran el voto español luego de tres décadas de férreo bipartidismo. Del mismo modo, gran parte del voto de izquierda había ido a parar a Podemos, partido de reciente formación, y el PSOE

se hundía en contradicciones luego de que su abstención en el Congreso facilitara la investidura de Mariano Rajoy, del PP, como presidente.

Sin embargo, Sánchez logró superar esa fuerte debacle de 2015 y 2016, derrotar a rivales poderosos dentro del partido y, con el apoyo del líder de Podemos, Pablo Iglesias, ejecutar la primera moción de censura parlamentaria exitosa desde la restauración de la democracia, derrocando a Rajoy del poder y asumiendo como presidente.

Después de la caída del gobierno del PP, y ante el surgimiento de Vox y un debilitamiento de Podemos, Sánchez logró lo que menos de un año atrás parecía imposible: arrolló a todos los partidos políticos en las elecciones generales de abril de 2019, obteniendo el 28,67% de los votos (casi doce puntos por encima del PP) y 123 de los 350 escaños en el Congreso de los Diputados, así como una mayoría absoluta en el Senado.

Sin embargo, y a pesar de ser el único partido con una posibilidad realista de lograrlo, Sánchez tampoco pudo formar gobierno. Las razones principales radican, mayormente, en la actitud intransigente (que puede fácilmente calificarse de soberbia política) que mantuvo su espacio político al no aceptar las demandas de Podemos para formar un gobierno de coalición (que habría sido el primero en la historia democrática española, que a pesar de ser un país parlamentario siempre ha tenido gobiernos de partidos mayoritarios) y exigir su apoyo “casi gratis” para gobernar en minoría.

Los fracasos de las investiduras en junio y septiembre condujeron a la situación actual. Al terminar el escrutinio, finalmente una mayoría del electorado español optó por no castigar a Sánchez por el fracaso parlamentario, otorgándole casi exactamente el mismo porcentaje con un 28,00% y 120 escaños, solo 3 menos que antes.

No perdió demasiado, pero claramente tampoco ha sumando nada. El cansancio de varios votantes y la noción de que fue el deseo de Sánchez de gobernar solo lo que provocó la repetición, condujo a que al PSOE se le fueran 760.159 votos con respecto a abril (lo que de todas formas no es, ni de lejos, la más dramática de las hemorragias electorales vistas en esta jornada), y además el retorno del PP como un contrapeso coherente le costó su mayoría en el Senado, aunque de todas formas seguirá siendo el partido más grande y la izquierda parlamentaria (sumando a Podemos) todavía gozará de quorum propio en dicha cámara.

Partido Popular

Definitivamente, el Partido Popular (PP), que desde junio de 2018 encabeza Pablo Casado, ha sido uno de los grandes ganadores de la jornada. Con su legitimidad como organización misma vista cuestionada después del escándalo de corrupción masivo desatado durante el último período de gobierno de Mariano Rajoy, nadie pensaba que el partido celeste lograra volver a existir como alternativa política con su sello asociado a los fracasos económicos del gobierno de Rajoy y a la suciedad de un financiamiento en negro que databa de la propia fundación del partido en 1989.

Tras la caída de Rajoy, Pablo Casado asumió la conducción del partido. A pesar de la caída en picada en la intención de voto al partido, la llegada a su liderazgo de este dirigente nuevo le permitió sobrevivir. Logró un controvertido pacto con Vox mediante el cual puso fin a cuatro décadas de hegemonía socialista sobre la autonomía de Andalucía, y finalmente pudo raspar un segundo puesto ante la paliza del PSOE en las generales, pero recibiendo solo un 16,69% y 66 bancas, el peor resultado de su historia.

Al igual que Sánchez, sin embargo, al parecer Casado pudo remontar rápidamente y no se lo debe descartar para nada. No nos olvidemos que el actual presidente del gobierno también logró levantarse del peor resultado histórico de su partido. Tan solo en las municipales del mes posterior a las elecciones, el PP retuvo gran parte de sus alcaldías y siguió siendo la segunda fuerza nacional.

Finalmente, en estas elecciones, Casado logró devorarle prácticamente la totalidad de su voto de centroderecha a Ciudadanos, cuyo electorado acudió masivamente a votar por la formación azul como una suerte de “voto útil” contra el PSOE. Logró obtener 88 diputados (22 más que en abril) y 81 senadores, recuperando su antigua preponderancia senatorial que lo caracterizaba antes de la debacle (si bien sigue estando por debajo del PSOE).

El PP ha recogido un 20,82% de los votos totales y, con 646.216 votos más que en abril, es una de las fuerzas que más se ha recuperado. Además, la situación del Congreso entre los bloques de izquierda y derecha permite ahora no solo que Casado se consolide como el principal líder de la oposición a Sánchez, sino como, seguramente, un posible contendiente presidencial: Sánchez solo necesitó de 85 diputados completamente propios (3 menos de los que acaba de ganar el PP) para arrebatar la presidencia a Rajoy.

Podemos

Debido a la estrategia tradicionalmente frentista que mantiene el partido que encabeza Pablo Iglesias desde su fundación en 2014, resulta muy complicado hacer un seguimiento concreto de su historia

electoral. Podemos ha formado coaliciones diversas desde su primera disputa, en 2015, cuando se tragó los votos más izquierdistas de un PSOE viejo y decadente, hasta este mismo domingo, cuando a pesar de todo logró seguir siendo una fuerza coherente e importante, y un actor clave en cualquier gobierno progresista que quiera formar el PSOE.

Por lo anteriormente dicho, sería difícil juzgar con exactitud cuantos votos ha perdido o ganado la alianza de izquierda desde abril hasta ahora. Sin embargo, es coherente decir que Podemos es, de los cinco partidos más destacados en pugna, el que más cerca ha estado de “estancarse” en su resultado anterior. De un 11,97% y 42 diputados obtenido en abril, las coaliciones ligadas a Podemos obtuvieron un 12,84% y, nuevamente, 35 escaños.

El resultado no es una derrota muy dura si se tiene en cuenta la ruptura de un movimiento disidente con el liderazgo de Iglesias, “Más País”, que luego de un brevísimo período en el que se consideró que podía ser un “sexto en discordia”, se estrelló en los comicios con solo 3 diputados. Estos seguramente o bien volverán al partido, o bien se limitarán a cooperar con lo que digan Iglesias y Sánchez, aunque de todas formas cobran relevancia en un legislativo fragmentado donde el apoyo de cada diputado cuenta.

Vox

El ya extinto periódico alemán Frankfurter Zeitung publicó un 15 de septiembre de 1930, un día después de los comicios en los que el Partido Nazi se convirtió en segunda fuerza nacional: “Elecciones amargas, fueron estas, en las que un mal estado de ánimo alimentado por diversas fuentes, suscitado por una incitación salvaje, se manifestó en las papeletas de votación extremistas”.

Definitivamente, el gran ganador de la jornada y protagonista de la historia es el tercer puesto de las elecciones: la formación de ultraderecha que preside Santiago Abascal, Vox, ha llegado para quedarse y consolidó su existencia política con un sonoro 15,09% de los votos, que además se refuerza con un triunfo sorpresivo en la Región de Murcia y en la ciudad autónoma de Ceuta, las dos únicas autonomías donde no triunfó el bipartidismo tradicional PP-PSOE, o una fuerza nacionalista local (como el Partido Nacionalista Vasco o la Esquerra Republicana de Cataluña).

Superó además el 20% de los votos en los distritos más derechistas del país, casi raspando un segundo puesto en Andalucía (donde comenzó su increíble historia) con un 20,37%. Se ha convertido, pues, en la tercera fuerza nacional.

Vox no es un partido tan nuevo como se cree. Se fundó en 2015 para disputar las elecciones ese año, y tanto en esa elección como en la siguiente tuvo magros desempeños (0,23 y 0,20% en todo el país). Sin embargo, los escándalos en torno al PP llevaron a que un sector de su línea más dura rompiera “por derecha” al hasta entonces principal partido conservador del país y fortaleciera la formación extremista.

Antifeminismo, islamofobia, homofobia, defensa de la tauromaquía y otras “tradiciones”, así como de la “unidad de España”, son algunas de las características que implicaron el primer ascenso de una fuerza de derecha dura en el país ibérico desde el final del franquismo. Hasta entonces, este estaba muy lejos del viraje conservador populista (en el sentido europeo del término) que estaba experimentando el resto del continente.

Tras el final de la dictadura, el electorado español era alérgico a cualquier cosa que pudiera calificarse como “de derecha”, al menos en forma manifiesta. El PP tuvo que inventarse para sí mismo, con fines electorales, la ideología “centro reformista” (que todavía aparece en su definición). Sin embargo, la crisis económica iniciada en 2009 y los sucesivos escándalos de corrupción llevaron a que el país se volcara también a la vorágine regional ultraconservadora.

A finales de 2018, Vox dio la sorpresa con un sonoro 10,97% de los votos en las elecciones autonómicas de Andalucía, histórico bastión del PSOE desde la restauración de la democracia. Su irrupción provocó un legislativo fragmentado entre cinco partidos. Después de unos meses de estancamiento, el PP y Ciudadanos priorizaron arrebatarse Andalucía al PSOE con el fin de debilitar al partido gobernante de cara a las generales (aunque en el proceso realmente reforzaron el liderazgo de Sánchez, pues depusieron a la presidenta saliente Susana Díaz, una oponente interna suya) y pactaron con Vox, logrando que Juan Manuel Moreno (del PP local) se convirtiera en el primer presidente andaluz no socialista desde 1982.

Meses más tarde, Vox logró el 10,26% de los votos en todo el país e ingresó al legislativo con 24 escaños, uno de los mayores crecimientos entre una elección y otra en la historia electoral española: de 47.182 votos en 2016, a 2.664.325 en abril de 2019. La división total entre tres partidos de derecha benefició al PSOE, y evitó que la llegada de Vox, anunciada en todas las encuestas, representara una sorpresa tan grande como la que realmente se esperaba.

Sin embargo, meses más tarde, finalmente esta sorpresa se ha cumplido: Vox obtuvo 975.738 votos más que en abril, y con 52 escaños, fue el partido que más crecimiento absoluto experimentó desde abril. La enormidad de su representación parlamentaria provoca que para el próximo gobierno,

independientemente de su signo político, sea totalmente imposible ignorar su presencia. Tiene ahora un poder legislativo más que incomodante y solo resta esperar a ver como afecta eso la dinámica de gestión parlamentaria, ya con un gobierno investido.

Pese a que Vox y su electorado cada vez más fuerte representan un hecho alarmante y destacable per se, sin duda alguna lo que más inquieta de este partido ha sido la reacción de la clase política tradicional española a su surgimiento.

En Alemania, por ejemplo, la llegada de la plataforma ultraderechista AfD y su casi 13% de los votos en las elecciones federales de 2017 fue seguramente el factor determinante que condujo a que el Partido Socialdemócrata acordara apoyar a Ángela Merkel para que lograra su cuarto y último mandato. Lo mismo ocurrió en Finlandia, donde el partido “Verdaderos Finlandeses” estuvo a pocas décimas de lograr la primera minoría de votos, y en Francia, donde los socialistas y los gaullistas se encolumnaron detrás de Macron en un decisivo ballottage para lograr la derrota de Marine Le Pen, del Frente Nacional.

El punto al que quiero llegar es a que, en el resto de Europa, cuando aparece un partido con estas características, inmediatamente la élite política ejecuta una serie de acciones conjuntas con el único propósito de evitar que siga ganando votos y escaños. Las atomizaciones parlamentarias se convierten en gigantescas coaliciones rejuntadas entre socialistas, liberales, conservadores, ecologistas y comunistas, cuyo fin es evitar que “la cosa mala de derecha” adquiera poder. Los medios de comunicación permanentemente bombardean a la sociedad con noticias que hablan mal del “perverso neofascismo” que quiere “destruir a Europa” y “devolvemos al mundo del siglo XIX social, política y económicamente”.

No es necesario aclarar que la estrategia de marginación no es realmente útil: cuanto más se busca marginar al partido “infeccioso”, más atractivo adquiere este en la mente del elector descontento (“Si esa clase política que ya me decepcionó odia tanto a este partido, es porque debe ser bueno”). Del mismo modo, el hecho de que ideologías tan dispares emitan comunicados de condena ante el enemigo común, a la larga otorga validez a los discursos extremistas que llaman a romper con una tradición política donde “son todos iguales” o “son todos parte de lo mismo”.

Podemos decir, entonces, que la estrategia en España fue la contraria. En lugar de buscar marginar a Vox, el PP y Ciudadanos no han manifestado el menor escrúpulo en buscar el apoyo de sus diputados para lograr pactos a nivel autonómico, municipal y, seguramente en un futuro, nacional. La actitud

reaccionaria del PSOE y Podemos ante esta cooperación no afectó prácticamente en nada el ánimo del electorado.

El caso español con Vox nos demuestra que el ascenso de los llamados “populismos europeos” (téngase en cuenta como dije antes que el término populista en Europa se usa para referirse a derecha extremista, no se tome en cuenta la connotación latinoamericana del término, que se usa para referirse a movimientos nacionalistas y de izquierda) parece ser imparable. Ni la estrategia de “marginación a toda costa” ni la de “integración al sistema” ha funcionado para impedir que, lentamente, la sombra de la ultraderecha se cierna sobre el viejo continente.

Ciudadanos

Ya dijimos quien fue el mayor ganador, y ahora definitivamente hemos llegado al mayor perdedor de la jornada electoral española.

Ciudadanos (C's), junto con Podemos, irrumpió en 2015 arrancándole al PP muchísimos votos por el lado derecho. Desde entonces en adelante, sin embargo, ha sido un partido ideológicamente controvertido. Se considera a sí mismo como una fuerza liberal, lo que llevó a que también pudiera absorber votos por el centro del PSOE.

La brutal derrota de Ciudadanos es curiosa si se tiene en cuenta que, por fuera del PP y el PSOE, siempre fue el único partido al que las encuestas y los analistas auguraron algún tipo de probabilidad de alcanzar el ejecutivo español en un futuro. Mientras que se creía que Podemos iba a ser un enemigo o aliado clave del PSOE, y una diferencia entre victoria y una derrota para el centenario partido socialista, nadie creyó jamás que Pablo Iglesias pudiese llegar a ser algún día presidente del Gobierno de España, del mismo modo que nadie espera tal cosa de Abascal (al menos por el momento).

Sin embargo, el líder de Ciudadanos, Albert Rivera, sí fue tomado en serio por muchos, y varios sondeos pronosticaban que alguna vez superaría al PP en la lucha por el voto de derecha, sobre todo después de la caída de 2018, y disputaría la presidencia al PSOE, pudiendo quizás aclanzarla con un acuerdo con el PP y Vox. Esto se debe principalmente al hecho de que su electorado era mucho más impredecible y no se podía saber con exactitud a donde venía, puesto que no apelaba a ningún espectro en particular. Para 2019, ya estaba incluso quitándole votantes a Podemos.

Rivera nunca estuvo más cerca de ser presidente o líder de la oposición que la noche del 28 de abril cuando, en medio de la paliza histórica del PSOE al resto de los partidos, su partido obtuvo un elevado 15,86% de los votos y con 57 escaños se quedó a menos de un punto de relegar al PP al tercer puesto.

Sin embargo, las posibilidades del líder liberal sufrieron una fatal caída con las elecciones municipales, en las que no tuvo un buen desempeño, y con el fracaso de la investidura de Sánchez. Su posición ambigua, la exigencia de muchos de sus votantes más al centro de abstenerse a favor del presidente, y el adelanto de las elecciones descarrilaron el ascenso del hasta ahora tercer partido mayoritario indiscutido de España.

La contradicción anteriormente mencionada entre una capacidad sin precedentes para atraer electorado de otros partidos pero, al mismo tiempo, una incapacidad absoluta para asegurar un electorado fiel y estable llevaron a C's a recibir un poco menos de un millón y cuarto de votos (6,79%) y 10 escaños, siendo por mucho el partido que más pérdidas sufrió (2.518.125 votos en tan solo siete meses). Los guarismos evidencian que una parte de sus votos se trasladaron por centro y centroderecha al PP, y otra parte, más conservadora, a Vox, mientras que, sorpresivamente, no hubo un lado progresista de C's que se trasladara al PSOE, que también sufrió una pequeña caída. Ciudadanos solo conservó un diminuto voto "tibio", que lo salvó de quedarse fuera del legislativo y apenas con las suficientes bancas para mantener un grupo parlamentario (bloque) propio en el Congreso entrante.

Con este resultado, C's queda completamente en la irrelevancia política, al menos, en un futuro inmediato, e incluso su supervivencia como partido queda cuestionada. El día posterior a la debacle, el propio Rivera ya anunció su retiro de la política.

Participación

Un punto de preocupación durante la campaña electoral fue la idea de una baja participación. Es sabido que una gran mayoría de españoles están cansados de votar una y otra vez (ya es la cuarta en menos de cuatro años, con numerosas elecciones municipales y autonómicas en el medio). Aunque el voto en España no es obligatorio, la población tiene una amplia tendencia a la participación política: nunca desde la democratización en adelante ha votado menos de un 69,80% del padrón en una elección general, y generalmente la concurrencia supera el 70% con comodidad.

Este caso no fue la excepción, y esa esperada apatía demostró no ser suficiente para que los votantes españoles se quedaran en casa. La participación fue finalmente de un 69,87%, una caída de menos de

dos puntos con respecto a abril (71,76%), si bien esto quiere decir que más de dos millones de españoles (2.112.289) que votaron hace siete meses decidieron no hacerlo en esta ocasión.

Análisis general

El siguiente cuadro muestra el resultado electoral y el cambio experimentado por los seis principales partidos políticos en disputa. En rojo los partidos que sufrieron una caída de votos, y en azul los que notaron un crecimiento.

(*) En el caso de Podemos pueden no estarse contando varias coaliciones formadas en algunos distritos electorales. Realmente la diferencia en términos de voto popular neto a partidos aliados a Podemos entre abril y noviembre pudo ser mayor o menor.

Partido	Votos (%)	Escaños	Votos (+/-)	Escaños (+/-)
PSOE	6.752.983 (28,00%)	120	-760.159	-3
PP	5.019.869 (20,82%)	88	+646.216	+22
Vox	3.640.063 (15,09%)	52	+975.738	+28
Podemos (*)	3.097.185 (12,84%)	35	-38.295	-7
C's	1.637.540 (6,79%)	10	-2.518.125	-47
ERC	869.934 (3,61%)	13	-150.458	-2

Formación del gobierno

Tan solo dos días después de la elección, la “capitulación” de Sánchez e Iglesias ante los hechos fue evidente, alcanzando un preacuerdo de gobernabilidad que incluye dos vicepresidencias. Sin embargo, la aprobación de la misma todavía no está garantizada de ningún modo: necesita o bien un voto favorable de Ciudadanos, o bien la abstención de los grupos soberanistas catalanes (que están cada vez más enemistados con el gobierno y no dudarán en empujar a todo el país al bloqueo parlamentario).

El siguiente cuadro muestra las posiciones de todos los partidos en el congreso, dividiéndose entre los bloques de izquierda, derecha y las coaliciones locales.

Nota: La presencia de localismos no implica necesariamente que la formación sea de carácter independentista, sino simplemente que su objetivo es mayormente representar intereses locales, y no

darán especial importancia a la investidura presidencial, a menos que esta pueda reportarles algún beneficio para su región. Por lo general, estos grupos se suelen abstener en una votación.

Izquierda		Localismos		Derecha	
Partidos	Votos	Votos	Partidos	Votos	Partidos
PSOE	120	8	JxCat	88	PP
Podemos	35	13	ERC	52	Vox
Más País	3	7	PNV	10	C's
		1	BNG	2	N+
		1	PRC		
		1	¡Teruel Existe!		
		2	CUP		
		5	EH Bildu		
		2	CC-NC		
TOTAL	158	40	TOTAL	152	TOTAL

Como se puede ver, existe una muy leve ventaja para los partidos orientados a la izquierda del espectro. Sin embargo, la abrumadora presencia de terceros grupos, de ideología muy variada a nivel local, hace que esta ventaja por sí sola no le sirva para formar gobierno.

Para resultar investido, un presidente debe obtener el apoyo de 176 diputados (una mayoría absoluta) en primera votación. Si esto no se logra, el candidato se somete a una segunda votación, en la que simplemente la opción "Sí" debe ganarle a la opción "No". En este escenario, Sánchez resultaría investido si los soberanistas catalanes (ERC y JxCat, 8 bancas), los nacionalistas vascos (PNV, 7 bancas), la izquierda vasquista (EH Bildu, 5 bancas) y al menos otro diputado (habitualmente ha logrado conseguir el apoyo de la Coalición Canaria, con 2 bancas) se abstuvieran en dicha segunda votación. En este escenario, incluso aunque todos los otros bloques localistas y la derecha votaran en contra, el gobierno progresista sería investido por un voto (158 contra 157 y 35 abstenciones).

Lógicamente, este escenario está supeditado a que cada uno de esos 40 diputados localistas responda a la disciplina partidaria y no decida, a último momento, hacer naufragar la investidura (o incluso garantizarla, si es que ha recibido la orden de votar en contra).

Otro escenario propuesto ha sido que el bloque de izquierda busque obtener la abstención del PP, lo que le permitiría ser investido sin ningún tipo de problema, incluso aunque todos los otros bloques votaran

“No” (158 contra 104 y 88 abstenciones). Sin embargo, el buen resultado obtenido deja a Casado con una vara muy alta, y es poco probable que esto se consiga, maxime si se tiene en cuenta que ahora debe iniciar una batalla contra Vox por el voto de derecha dura.

Conclusión

La elección general española no ha tenido un solo “gran ganador” y eso complica enormemente las chances de la formación de un gobierno estable. Si Sánchez logra el milagro de pasar la investidura está casi asegurado que no podrá completar un mandato parlamentario de cuatro años hasta 2023, que sufrirá algún tipo de moción de censura (siendo muy poco probable que pueda contener a los separatistas catalanes y a Podemos para siempre) y que le costará mucho imponer un presupuesto o cualquier otro tipo de ley importante. De todas formas, cuenta con la ventaja de que a Casado le sería prácticamente imposible ejecutar una moción de censura en su contra si logra retener el poder, puesto que los soberanistas catalanes jamás lo votarían.

España ha demostrado que, para tratarse de un país históricamente parlamentario, tiene rasgos presidencialistas fácilmente comparables con los de los países latinoamericanos. La política sigue siendo personalista y la idea de una coalición, de un consenso, o de un legislativo plural es vista no como algo positivo, sino como una señal de debilidad, estancamiento, y lentitud. Tal vez, de cara al futuro, es hora de que revea muchas de sus instituciones, o bien que comience a renovar su cultura política. Caso contrario, le será prácticamente imposible salir del complicado esquema en el que se encuentra.

Felipe Galli es estudiante de la Licenciatura en Ciencias Políticas (UBA). Cuenta con diversas publicaciones sobre política internacional, nacional e historia electoral.